UPR 65 LPRC
CUC Rectoría

Arturo Morales Carrión

El colegio universitario de Cayey: un destino

CPR
LE
15
P79
M662
v.28
c.1

CPR
LE
15
P79
.M662
V28
c.1

2003315 10/2021 Gr's Dorsher

MENSAJE DEL
DR. ARTURO MORALES CARRION,
PRESIDENTE DE LA
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO,
EN LA INAUGURACION DEL
JARDIN BOTANICO
AGUSTIN STAHL EN CAYEY
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1976

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN CAYEY
1967
BIBLIOTECA

Al inaugurar el Jardín Botánico **Agustín Stahl** en el Colegio Universitario de Cayey, deseo expresar a ustedes una doble satisfacción. Esa doble satisfacción se nutre de una raíz anecdótica. Explicaré en forma breve, los antecedentes.

A poco de ocupar la Presidencia, hace cerca de tres años, vine a sondear la situación de este Colegio. Acababa el Sistema Universitario de atravesar en su totalidad desde Río Piedras a Mayagüez, por la experiencia traumática de una huelga paralizante. Y en el Colegio Universitario de Cayey habían ocurrido algunos de los más graves sucesos que mayor inquietud y zozobra provocaron en la opinión responsable del país.

En el período inmediato a aquel otoño de 1973, se lanzó al ambiente académico, con oronda autosuficiencia, la teoría de que la Universidad era "obsolescente".

Se predicó la innovación como una mágica panacea educativa, basada en un presentismo, enemigo de los valores de la mejor tradición universitaria y desdeñoso de la experiencia histórica. Se confundió lamentablemente la visión nueva y creadora que edifica sobre lo hecho con la visión iconoclasta.

Aquí en el Colegio Universitario de Cayey, se vieron los resultados. Aquí se quiso probar en verdad que la Universidad era "obsolescente". Aquí estaba en vías de terminarse la idea de una comunidad universitaria, capaz de aceptar discrepancias y diferencias, sin caer en la persecusión y el encono. Aquí la tradición universitaria se declaró obsoleta, terminada, kaput.

Aquí se predicaron toda suerte de innovaciones, y el fruto de todas ellas, se vio en la huelga: la creación insólita en la historia universitaria de Puerto Rico de una comuna, preñada de un retoricismo ideológico reñido con la tradición del país, que no sólo dividió a este colegio sino que coaccionó y aterrorizó a los que no participaban en sus ideas y llegó al extremo de negar la autoridad del Consejo de Educación Superior como representante del interés público y puso en peligro la seguridad de uno de nuestros rectores y sus acompañantes.

A eso nos llevó la tesis de la obsolescencia. A eso nos llevó la teoría de la pseudo-innovación, predicada por los apóstoles del presentismo.

Cuando visité por primera vez este Colegio en mi calidad de Presidente estaba deshecha esta comunidad académica. Representantes del pueblo de Cayey se reunieron por largas horas conmigo. Personas que habían puesto su esfuerzo y entusiasmo en ayudar a crear este Colegio para honra de la región llegaron hasta a pedirme que lo ce-

AGUSTIN STAHL
1842 - 1917

rrara, alarmados ante los hechos que aquí habían ocurrido. Y todavía peor, encuestas realizadas entre los estudiantes revelaron que algunos de ellos habían sufrido una crisis psicológica, una dolorosa experiencia traumática. Sí; aquí teníamos una parte de la Universidad, no obsolescente, sino despedazada, finiquitada, kaput. Aquí la innovación no trajo nuevas perspectivas. Aquí la innovación fue sinónimo de liquidación.

Comenzamos una larga, difícil, lenta, penosa, recuperación. Ha tomado a los dirigentes más de dos años el restañar heridas y reconstruir las bases de una vida universitaria con la ayuda de tantos de ustedes. A comienzos de este año académico, pensaba yo reunirme con el claustro, dar por terminado el período de convalescencia, y ofrecer – como hice en el Colegio Universitario de Humacao – unas ideas concretas para el esfuerzo común de redefinir la misión del Colegio e iniciar un proceso de consulta. Me fue imposible hacerlo. Ha sido este año un período en extremo difícil para la dirección universitaria. No estamos mancos de planes o de ideas como por ahí ahora se pretende. Es que nuestra primera función, la que ha reclamado la mayor energía, ha sido la defensa de la integridad institucional frente a otro intento que quiso infructuosamente repetir la experiencia del otoño de 1973. Una cosa es teorizar en un gabinete de estudio y otra cosa es -- en un ambiente alterado como el de nuestro país – dirigir una Institución en medio de una tormenta. Cuando las olas se encrespan, no soñamos en playas agradables o en explorar costas desconocidas: nuestra misión es tener el pulso firme en el puesto de mando para salvar la nave.

Mucho tenemos que hacer en este Colegio y no es hora de repicar campanas. Pero cuando atravesamos recientemente

por otro reto a la estabilidad universitaria, este Colegio se mantuvo en funciones, cumplió con sus deberes académicos, no le faltó a sus 2,500 estudiantes que proceden en su gran mayoría de los sectores de menos recursos económicos de Puerto Rico, ni le faltó el Colegio al Pueblo de Cayey que tanta fe y anhelo ha puesto en él. Aquí hay una comunidad universitaria renaciente y no obsolescente; y vamos ahora a definir y precisar nuevas rutas aprovechando la vieja experiencia del pasado, y no a lanzarnos por el risco de las pseudos innovaciones iconoclastas. He ahí expresada mi primera satisfacción.

Destacaré ahora mi segunda satisfacción que es la que nos congrega hoy. En aquellos tiempos aciagos a que he aludido, pensaba yo en la desventura de este Colegio, presa por un lado de un violento encono interno, y situado, por el otro, en una de las zonas más bellas e interesantes de nuestro país. ¿Cómo superar esa contradicción? ¿Cómo hallar un nuevo camino que pudiera unir voluntades?

Meditando sobre nuestro Sistema Universitario, sobre su dispersión y variedad, se me hizo claro que aquí en Cayey había algo más que ese deber insoslayable de todo ámbito académico de transmitir el patrimonio cultural y el saber científico. Aquí había que abrir bien los ojos y mirar a los alrededores: a las características mesológicas, al ambiente natural y humano de nuestra montaña. Nuestro Sistema Universitario es esencialmente un sistema de litoral. Aquí en Cayey se ubica en la altura. Aquí tiene aire serrano.

En estos alrededores, vemos uno de los más interesantes dramas geológicos de la Isla. En la montaña, están nuestros princi-

pales recursos hidrológicos y minerales. En ella, se extiende un rosario de comunidades con unas características distintas de los hacimientos urbanos en la costa. Aquí está una de nuestras grandes zonas recreativas. ¿Y qué diremos de esta espléndida naturaleza, de este clima maravilloso? Si abrimos la pupila, por todos lados hay cosas interesantes que estudiar, desde las formaciones geológicas, desde los cañones como el de San Cristóbal, hasta la relación social y el folklore. Es lugar favorecido para el estudio de las ciencias terrestres y las ciencias humanas.

Para mí, en este Colegio innovar es abrir bien la pupila. Es apertrecharnos del conocimiento de nuestra época en diversos campos para hacer la radiografía de la montaña; y gozar, si se quiere, de su embrujo telúrico.

Por eso un día, cuando visitaba, en relación con otro proyecto, las oficinas de la Comisión del Bicentenario, ví que había fondos para desarrollar jardines botánicos y pensé que Cayey era un sitio ideal para el proyecto. Traje la idea a ese gran puertorriqueño por su erudición y su sensibilidad que se llama Arturo Roque. Movimos las autoridades y los colegas de aquí, las autoridades municipales, la Administración del Derecho al Trabajo y sobre todo la Comisión del Bicentenario y el Instituto de Cultura. A todos debemos expresar en esta hora nuestro reconocimiento.

Pero este jardín botánico necesitaba un nombre, y pensamos en Don Agustín Stahl. Innovar --repito– es edificar sobre lo hecho. Este gran sabio sistematizó en el siglo pasado los conocimientos que se tenían sobre nuestra naturaleza. Abrió bien la pupila y vio allá, en el horizonte prehistórico, dibujarse la figura de nuestro indio.

¿Qué mejor homenaje que dedicarle un jardín botánico que comenzando con la plaza, se extendiera al arboreto, y que con el correr de los años todo lo que es aquí naturaleza viva llegase a constituir el jardín más bello de Puerto Rico?

La colaboración del escultor Tomás Batista ha sido para nosotros un enorme logro. Ha puesto este devoto artista su talento al servicio de la idea para que esté Don Agustín con su alerta pupila mirando al valle y flanqueado por las variedades de árboles que él descubrió. Lo hemos colocado en medio de una fuente, para que este país comience a aprender el valor estético y psicológico del chorro que asciende en surtidor y para que el estudiante y el visitante recuerden que es en nuestra montaña donde nacen las aguas tan imprescindibles para nuestra vida.

Lechos de flores se han ubicado en la plaza. Al abandonarla, iremos por un camino, custodiado de altivos úcares, a la cascada y al estanque. Y del estanque repechar a la montaña, a un bosque donde encontraremos el laboratorio vivo de los árboles que pueblan nuestra serranía, inclusive de aquellos amenazados de extinción.

Sacaremos de las aulas a los estudiantes de botánica para que estudien en ese laboratorio vivo. Daremos más sendas a nuestros profesores para meditar. Proporcionaremos más marco bucólico a los romances juveniles. Con el tiempo, si somos fieles a esta idea, será este Colegio un punto favorito de recalada de nuestro turismo interior. El pueblo de Cayey tendrá uno de nuestros más preciados tesoros naturales.

Pero confío que el jardín sea el comienzo del esfuerzo mayor: desarrollar

aquí un colegio de calidad, de exigencia académica –¡y qué bien suena en estos tiempos descoyuntados la palabra exigencia!–; un colegio, reconocido por la labor de sus científicos y la creatividad de sus humanistas. Pero además un colegio que sale a mirar y a actuar sobre el contorno.

Hacia fines del Siglo XVIII, Don Miguel de Muesas fundó a Cayey para atender aquí a los que entonces se llamaban los "desacomodados". Este lugar donde estamos fue cuartel favorito de tropas en el XIX y en el XX. Ahora es un Colegio de "desacomodados". El 80.83 por ciento de sus estudiantes reciben asistencia económica y vienen de las capas sociales más necesitadas de los pueblos aledaños.

Propongo, pues, que este Colegio de "desacomodados", sea el Colegio de la Montaña dentro de nuestro Sistema Universitario, para llevar luz, sensibilidad y ciencia al estudio de nuestra altura y contribuir, con el resto de la Universidad de Pueto Rico, a hacerla una tierra más productiva en el orden económico, más justa en lo social, más bella y gozosa en sus valores humanos. Nos acompaña en la aventura un hombre del pasado –Don Agustín Stahl– cuyo busto develaremos hoy. El que sabe mirar hacia atrás, amigos míos, está mejor preparado para mirar hacia adelante, pues el ancho arco vital del hombre comprende el pasado que dejó a sus espaldas, el presente que es momento fugaz, y el futuro que es una idea bullente en su imaginación.

Este folleto se terminó de imprimir el 15 de febrero de 1977.

UPR-UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN CAYEY
0 05 000175986 7